

CAMILLA LÄCKBERG

ALAS DE PLATA

Traducción:

CARMEN MONTES CANO



MAEVA | NOIR

PRIMERA PARTE



Dos internos condenados por asesinato huyeron esta mañana a primera hora durante un traslado. Cuando el vigilante se detuvo en un área de servicio de la E4, a la altura de Gränna, los hombres aprovecharon la ocasión para huir bosque a través.

Acudieron varias patrullas policiales, pero la búsqueda de los fugitivos ha resultado infructuosa por el momento.

Según Karin Malm, portavoz del Servicio Nacional de Prisiones, los fugitivos no se consideran peligrosos para la ciudadanía.

Del diario *Aftonbladet*, 5 de junio

FAYE ENCENDIÓ LA máquina de Nespresso. Mientras hacía el café miró a través del alto ventanal de la cocina. Como de costumbre, se emocionó ante el panorama.

Aquella casa en la localidad de Ravi se había convertido para ella en el paraíso terrenal. El pueblo en sí no era muy grande, solo tenía doscientos habitantes permanentes, y se tardaban unos cinco minutos en recorrerlo entero. Eso sin apretar mucho el paso. Sin embargo, en medio de la plazoleta había un restaurante que se llenaba todas las noches y en el que servían la pizza y la pasta más ricas que había comido en la vida. A veces entraba algún que otro visitante, porque, sobre todo ahora, a finales de mayo, empezaba a aumentar la afluencia de turistas; animosos ciclistas franceses o jubilados estadounidenses que habían alquilado una caravana y que, por fin, cumplían su sueño de ver Italia mientras que sus hijos, ya adultos, se preguntaban por qué sus padres se empeñaban en tener una vida propia en lugar de estar disponibles y hacer de canguros de emergencia para los nietos.

Suecos, en cambio, no había.

Faye no había visto a ningún sueco desde que compró la casa; de hecho, eso había constituido un factor decisivo a la hora de

elegir la localidad. En Suecia era famosa de norte a sur, en Italia quería ser una desconocida: era lo que necesitaba.

La preciosa casa antigua que había comprado no se encontraba en el centro del pueblo, sino a un paseo de veinte minutos de allí. Estaba situada en la cima de una colina, con parrales que trepaban por la ladera hasta alcanzar la casa. A Faye le encantaba bajar y subir aquellas pendientes, ir a comprar pan, queso y *prosciutto*. Aquello era la encarnación misma del tópico de la vida en la campiña italiana y ella la disfrutaba al máximo, al igual que su madre, Ingrid, y que Kerstin y Julienne. Se habían convertido en un cuarteto inseparable en los dos años transcurridos desde que condenaron a prisión a Jack, el exmarido de Faye.

Kerstin e Ingrid competían por ver quién mimaba más a Julienne, y ahora que Kerstin pasaba cada vez más tiempo fuera, Ingrid había asumido la tarea de enviarle fotos y noticias de Julienne a diario.

El expreso ya estaba listo; Faye cruzó el salón taza en mano y se dirigió a la parte posterior de la casa, donde el chapoteo y las alegres voces infantiles anunciaban que allí había una piscina antes incluso de que pudiera verse. A Faye le encantaba aquel salón, había invertido bastante tiempo en decorar la casa, pero con paciencia y con la ayuda de uno de los mejores decoradores de Italia logró exactamente lo que quería. Los gruesos muros de piedra aislaban la casa del calor y la mantenían fresca hasta en los meses más calurosos del verano, pero también le hurtaban la luz al interior. Compensaron la falta de claridad con muebles robustos de tonos suaves y abundante iluminación indirecta, y los grandes ventanales que daban a la parte trasera también contribuían a que entrara la luz. Le encantaba la forma casi imperceptible en que el salón daba paso a la terraza.

Notó al salir el roce de las cortinas blancas. Saboreó el café y observó a su hija y a su madre, que aún no habían advertido su

presencia. Julienne había crecido muchísimo, tenía el pelo casi blanco, aclarado por el sol. La cara se le llenaba de nuevas pequitas que se multiplicaban casi a diario y estaba preciosa, sana y feliz; todo lo que Faye deseaba para ella, todo aquello que la vida sin Jack había hecho posible.

—¡Mamá, mamá, mira, ya sé nadar sin los manguitos!

Faye sonrió y puso cara de asombro para que la pequeña comprendiera la admiración que le provocaba semejante avance; Julienne nadaba en la parte más profunda de la piscina con brazadas torpes, pero sin los manguitos del osito Bamse, que había dejado en el borde. Ingrid observaba a su nieta con nerviosismo, medio sentada medio de pie, lista para tirarse al agua si fuera necesario.

—Tranquila, mamá, no le va a pasar nada.

Faye tomó otro sorbito de café, del que quedaba poco, y salió a la terraza. Se arrepentía de no haberse preparado un capuchino.

—Se empeña en nadar en la parte más profunda —suspiró contrariada la madre de Faye.

—Ha salido a su madre.

—¡A mí me lo vas a decir!

Ingrid se echó a reír y, como tantas veces en aquellos dos años, Faye reparó en lo guapa que era su madre a pesar de lo mucho que había sufrido en la vida.

Las únicas personas que sabían que Ingrid y Julienne estaban vivas eran Kerstin y ella; para el resto del mundo, ambas habían muerto. Julienne, a manos de su padre, un delito por el que Jack estaba cumpliendo cadena perpetua en Suecia. Lo cierto es que estuvo a punto de destrozar a Faye: el amor que sentía por él la había convertido en una víctima; sin embargo, al final él fue quien salió peor parado.

Faye se acercó y se sentó en un sillón de mimbre al lado de su madre, que estaba alerta y no apartaba la vista de Julienne.

—¿De verdad tienes que irte otra vez? —preguntó sin dejar de mirar a la pequeña.

—La expansión del negocio en Estados Unidos es inminente, y tenemos muchísimo trabajo con la nueva emisión de acciones. Si consigo cerrar la compra en Roma, la nueva compañía constituirá una aportación decisiva para Revenge. Giovanni, el propietario, quiere vender, así que se trata de que comprenda que no le van a hacer una oferta mejor que la mía. Claro que, como hombre que es, tiene una idea exagerada de su valía.

La madre de Faye apartó la vista de ella y miró a Julienne con preocupación.

—Lo que no entiendo es por qué sigues trabajando a ese ritmo. Solo conservas el diez por ciento de Revenge y, con los beneficios que obtuviste al vender tus acciones, no necesitarías volver a mover un dedo en la vida.

Faye se encogió de hombros, apuró el resto del café y dejó la taza en la mesa de mimbre.

—Ya, y a una parte de mí le encantaría quedarse aquí con vosotras, pero ya me conoces; al cabo de una semana me estaría muriendo de aburrimiento. Además, no importa cuántas acciones tenga, Revenge es mi criatura, y sigo siendo miembro del consejo de dirección. Por otro lado, me siento responsable de todas las mujeres que invirtieron en la empresa y que ahora son accionistas de Revenge: apostaron por mí, por mi negocio, y quiero seguir administrándolo. Además, últimamente he estado pensando en volver a comprar más acciones, si hay quien quiera vender. Para ellas también sería una buena salida.

Ingrid se incorporó un poco en el sillón al ver que Julienne daba la vuelta después de hacer un largo.

—Ya, ya, esa historia de la sororidad y todo eso —dijo—. A mí me parece que tú y yo no tenemos la misma idea acerca de la lealtad de las mujeres.

—Son otros tiempos, mamá; las mujeres trabajan unidas. De todos modos, a Julienne no le importa que yo haga un viaje rápido a Roma, lo hablamos ayer.

—En fin... Tú sabes que pienso que eres muy inteligente, ¿verdad? Y que estoy orgullosa de ti.

Faye le estrechó la mano entre las suyas.

—Sí, mamá, ya lo sé... Tú cuida de la mocosa y procura que no se ahogue, yo no tardaré nada en volver.

Faye se dirigió al borde de la piscina, donde Julienne resoplaba tragando agua entre brazada y brazada.

—Adiós, cariño, ya me voy.

—Adi...

El resto de la despedida se ahogó cuando Julienne trató de seguir nadando. Faye vio con el rabillo del ojo que Ingrid se dirigía rauda a la piscina.

Tenía el equipaje preparado en el salón y la limusina que iba a llevarla a Roma ya había llegado. Levantó en el aire la elegante maleta de Louis Vuitton para que las ruedas no arañaran el reluciente suelo de madera oscura y se dirigió a la puerta. Al pasar por el despacho de Kerstin la vio concentrada en la pantalla del ordenador, con las gafas, como siempre, en la punta de la nariz.

—Toc-toc, ya me voy...

Kerstin no levantó la vista. Una profunda arruga de preocupación le surcaba la frente.

—¿Pasa algo?

Faye entró en el despacho y dejó la maleta en el suelo.

—No lo sé... —dijo Kerstin despacio, aún con la vista fija en la pantalla.

—Me estás preocupando ¿hay algún contratiempo con la nueva emisión o con la expansión en Estados Unidos?

Kerstin meneó la cabeza.

—Todavía no lo sé.

—En serio, ¿tengo que preocuparme?

Kerstin tardó en responder.

—Pues... todavía no.

Un coche tocó el claxon en la calle y Kerstin señaló la puerta.

—Vete, anda. Cierra el trato en Roma. Ya hablaremos después.

—Pero...

—Bah, seguro que no es nada.

Kerstin le sonrió para tranquilizarla, pero, mientras se dirigía a la pesada puerta de madera, Faye no pudo evitar pensar que algo se estaba fraguando y que el peligro estaba al acecho. Pero ella lo resolvería. Tenía que resolverlo, como solía hacer siempre.

Se acomodó en el asiento trasero, le indicó al chófer con la mano que arrancara y abrió la botella que la esperaba dentro. Mientras el coche se dirigía a Roma, ella iba pensando y tomando sorbitos de champán.

FAYE SE EXAMINÓ detalladamente la cara en el espejo del ascensor mientras tres hombres vestidos de traje la observaban encantados. Abrió el bolso de Chanel, cerró la boca y se aplicó despacio una capa de lápiz de labios de Revenge. Se pasó un mechón de pelo rubio por detrás de la oreja y cerró la barra de labios con la «R» grabada en la funda, al mismo tiempo que el ascensor llegaba al vestíbulo y los caballeros se apartaban para dejarla salir primero. Sus pasos resonaban en el suelo de mármol blanco y la brisa nocturna agitó los pliegues del vestido rojo en el momento en que el conserje le sostenía la puerta de cristal.

—¿Taxi, *signora*? —preguntó.

Ella negó sonriente sin aminorar el paso y, una vez en la acera, giró a la derecha. El tráfico se había detenido. Los coches tocaban el claxon, los conductores maldecían asomando la cabeza por la ventanilla abierta.

Faye iba disfrutando de su libertad, de ser una visitante solitaria en una ciudad en la que no conocía a mucha gente y donde nadie podía exigirle nada. Se sentía libre de responsabilidad, libre de culpa. La reunión con Giovanni, el propietario de la pequeña empresa familiar de cosmética que vendría a completar

la línea de productos de Revenge, había ido de maravilla. En cuanto Giovanni vio que de nada le serviría hacerse el superior o el macho dominante para convencerla de que aceptara sus condiciones, la reunión dio un giro a favor de Faye.

Le encantaba el juego de la negociación. Sus adversarios solían ser hombres y siempre cometían el error de subestimar su capacidad basándose exclusivamente en el hecho de que era mujer. Una vez que habían reconocido la derrota, los hombres podían dividirse en dos grupos; aquellos que se marchaban de la reunión echando humo de rabia y con un odio aún más firme por las mujeres, y aquellos que se enamoraban de ella, sucumbían al estímulo de su carisma y su saber, y se iban de la reunión con la entepierna dura, no sin antes haberla invitado a cenar esa noche.

Mientras Faye paseaba en la tibia noche italiana la ciudad vibraba a su alrededor y la envolvía con todo aquello que tanto había echado en falta. Aquel paseo no tenía ningún destino; ya se presentaría la ocasión, solo tenía que dejar que el pulso de la ciudad se adueñara de su cuerpo.

Pronto se vería obligada a ponerse la máscara otra vez, a representar el papel que le había correspondido en su país. Sin embargo, esa noche podía ser quien ella quisiera. Continuó hasta una plaza preciosa de suelo empedrado y se adentró vagando en un laberinto de callejuelas.

«Una tiene que perderse para poder resurgir», pensó.

Un hombre apareció de entre las sombras para ofrecerle su mercancía con un ronco susurro, ante el que Faye negó con un simple gesto. Se abrió una puerta enorme bañada por la luz amarilla de las farolas, a través de la cual entraron dos personas, un hombre y una mujer, que estaban esperando fuera.

Faye se detuvo y miró alrededor antes de dirigir los pasos hacia la puerta, que había vuelto a cerrarse. Un timbre discreto y, sobre su cabeza, una cámara. Llamó al timbre mientras aguardaba

una señal, pero no oyó nada. Al final la cerradura emitió un zumbido, la puerta cedió y descubrió ante ella una amplia sala llena de gente elegante e inundada del tintineo de las copas. Al frente había una pared de cristal y, al otro lado, una terraza espléndida. Las ruinas iluminadas del Coliseo relucían a lo lejos como una nave espacial que se hubiera estrellado contra el suelo.

A través de un gran espejo con marco dorado divisó varios grupos de distinguidas sombras sin rostro que conversaban detrás de ella. Las mujeres eran jóvenes y guapas, iban maquilladas con un gusto exquisito y llevaban vestidos cortos y elegantes. Los hombres eran, en general, algo mayores, pero con estilo, como ellas, e irradiaban la tranquilidad y la confianza que suele otorgar el dinero. Solo alcanzaba a oír fragmentos de conversación en italiano. Las copas se llenaban, se vaciaban y se volvían a llenar.

A unos metros de allí se besaba una pareja. Faye los observaba fascinada, sin poder apartar la vista de ellos. Eran jóvenes, de unos veinticinco años; él era alto, guapo a la italiana, con una barba corta y elegante, la nariz rotunda y el pelo moreno con la raya a un lado; ella lucía un vestido caro de color marfil muy entallado hacia las caderas que realzaba su delgada cintura. Tenía el pelo castaño oscuro, peinado en un sencillo recogido.

Era obvio; estaban tan enamorados que no podían dejar de tocarse. El joven deslizaba una y otra vez sus largos dedos por el interior de los muslos bronceados de la joven. Faye sonreía. En un momento dado, cuando su mirada se cruzó con la de la muchacha, no apartó la vista, sino que se quedó contemplando a la pareja tranquilamente. Se llevó a los labios la copa, un *whisky sour*. Hubo un tiempo en que ella estuvo igual de enamorada, pero el amor la asfixió y la convirtió en una criatura sin voluntad, prisionera en una jaula de oro.

La joven se le acercó de pronto e interrumpió sus pensamientos.

—Mi novio y yo queríamos saber si te gustaría tomarte una copa con nosotros —le preguntó en inglés.

—No parece que os muráis por tener compañía —respondió Faye sonriente.

—La tuya sí, eres muy guapa.

Se llamaba Francesca, había nacido en Porto Alegre, en la costa atlántica de Brasil; era modelo y pintaba cuadros. Él se llamaba Matteo, su familia era propietaria de un imperio de hoteles y restaurantes. También pintaba, pero no tan bien como Francesca, aseguró con una tímida sonrisa. Eran amables, educados y la hacían reír. Le contagiaban su desenfado y sus ganas de vivir. Se dejó llevar y se tomó una copa más, y luego otra. La belleza, la juventud y el amor que había entre los dos la deslumbraba sin despertar su envidia. No echaba en falta un hombre en su vida: quería organizarla sin tener que pensar en nadie más, pero le encantaba ver juntos a esos dos jóvenes.

Al cabo de una hora, Matteo se disculpó y se alejó en dirección al aseo.

—Nos vamos ya —dijo Francesca.

—Yo también, mañana tengo el viaje de vuelta.

—¿Por qué no te vienes un rato a casa a seguir la fiesta con nosotros?

Faye consideró la invitación sin apartar la mirada. Ya recuperaría el sueño perdido por el camino. No quería que la noche terminara, todavía no. Quería saber más de sus respectivas vidas.

EL TAXI FRENÓ delante de un edificio alto e imponente; Matteo pagó al taxista y un portero de uniforme les abrió el portal. El apartamento se encontraba en el último piso y tenía grandes ventanas panorámicas y un balcón que daba a un parque precioso. Varias fotografías en blanco y negro adornaban las paredes; al examinarlas más de cerca, Faye comprobó que eran de Francesca. Enseguida empezó a sonar en los altavoces lo que parecía música pop italiana. A su espalda, Matteo preparaba

unos combinados con las bebidas que había en el carrito mientras Faye se reía como nunca con una historia que le contaba Francesca.

Se sentó a su lado en un sofá enorme color crema. Matteo les dio las copas antes de sentarse frente a Faye. Notaba el efecto del alcohol como un zumbido agradable en la cabeza, el rumor de la calle la serenaba al tiempo que la expectación y la curiosidad la llenaban de nerviosismo.

Francesca dejó la copa en la mesa, se inclinó despacio hacia Faye, deslizó los dedos con suavidad por los finos tirantes del vestido rojo y le besó el hombro. Una cálida oleada le recorrió el cuerpo. Matteo le giró la cabeza, le acercó la boca entreabierta, pero la apartó en el último instante; fue recorriéndole el cuello con los labios, aspiró el olor de la nuca antes de besarla. La mano de Francesca empezó a acariciarle el muslo con delicadeza; iba subiendo, se detuvo casi al final y apareció juguetona en la cintura. Todo se le antojaba como un sueño.

Primero desnudaron a Faye, luego se desvistieron ellos también.

—Quiero veros —susurró Faye—. Quiero veros juntos.

Se le vino a la cabeza la imagen de Jack, pensó en las veces que él le había sugerido que invitaran a otra mujer. Faye siempre se negó. No porque no le resultara atractiva la idea, sino porque siempre tuvo claro que él buscaba su propia satisfacción, no la de ambos. En el caso de Francesca y Matteo era distinto. Faye estaba allí para los dos, no porque se hubieran cansado el uno del otro, sino porque su amor y la atracción mutua que sentían rebosaban y bastaban para un tercero. Y Faye disfrutaba al máximo de la situación.

Dejó escapar un gemido cuando Matteo la empujó hacia delante, sobre Francesca, y comenzó a acariciarla por detrás. Clavó la vista en los ojos perplejos de la brasileña; Francesca tenía la boca entreabierta y la mirada intensa, escrutadora.

Faye no era para ellos más que un instrumento destinado a fortalecer su unión, pero, al mismo tiempo, se sentía incluida.

Los cuerpos desnudos y sudorosos se enroscaban entre sí en el amplio sofá. Faye nunca había experimentado una intimidad tan intensa como la de ser una parte del placer de dos criaturas tan hermosas y enamoradas. Sintió que le temblaba todo el cuerpo cuando vio que Francesca se le acercaba. Mientras se miraban fijamente a los ojos se tumbaron sobre la cama y se acariciaron lentamente. Matteo se encontraba detrás y penetró primero a Francesca, luego a Faye, y continuó así hasta que finalmente Faye lanzó un grito de placer. Matteo ya no podía resistir más, se le aceleraba la respiración; Faye notó que él estaba cerca del final.

Después se dirigieron abrazados al dormitorio contiguo y se echaron muy juntos en la espaciosa cama. Agotados, empezaron a pasarse el cigarrillo. Faye puso la alarma del móvil para no despertarse tarde y trató de conciliar el sueño. Al cabo de media hora se dio por vencida. Sacó las piernas con cuidado y salió de la cama sin que la pareja se despertara. Se movieron un poco en sueños, se abrazaron y se acurrucaron más cerca el uno del otro, sobre el sitio que Faye había dejado caliente.

Aún desnuda, se sirvió champán de una botella abierta y, copa y botella en mano, salió al balcón. Las luces y los sonidos inundaban la ciudad. Faye se sentó en una tumbona y apoyó los pies en la barandilla mientras una cálida brisa estival le acariciaba el cuerpo desnudo y le provocaba un agradable cosquilleo. Sin embargo, el recuerdo de la expresión de Kerstin en casa delante del ordenador minutos antes de que saliera de viaje el día anterior le arruinó un instante que debería haber sido perfecto. Kerstin no se dejaba apabullar por cualquier cosa; era una roca capaz de pulverizar a cualquiera, de modo que algo no iba bien.

Faye tomó un sorbo de champán mientras le pasaba por la cabeza un torbellino de ideas. Era mucho lo que podía fallar con

una empresa de la envergadura de Revenge, sobre todo teniendo en cuenta lo que estaban apostando: mucho dinero, grandes inversiones, grandes beneficios, sí, pero también grandes riesgos. Nada era seguro. Nada era permanente. Faye lo sabía mejor que nadie.

Se giró, vio a la hermosa pareja allí dentro, en la cama. Sonrió. En ese momento no quería pensar en la cara de preocupación de Kerstin, no quería pensar en todo lo que podía ocurrir. Quería algo diferente.